El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8476 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—***Provincias***, tres meses, 7'50 id.—***Extranjero***, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, ***D. Emilio Garrido López.***

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 8 de Febrero de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos por la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

ECOS DE MADRID.

7 de Febrero de 1890

Escabroso es el asunto que ha tratado Enrique Gaspar en su última comedia titulada *Las personas decentes* Hace ya muchos años que un escritor francés se atrevió á presentar en escena los *Faux bans hommes*, es decir los tunantes que bien vestidos y con buena educación en la apariencia logran vivir en el seno de la buena sociedad ocultando las miserias y las maldades que constituyen el fondo de su esencia ó mejor dicho el verdadero barro que tienen por alma. Su obra alcanzó también mucho éxito y no fueron los originales en quienes se inspiró los que menos contribuyeron á su tiempo. Conocida de todos es la famosa frase de los que se apoderan de lo ageno. «¡Suelta la bolsa ladrón!» decian á sus víctimas los antiguos bandoleros. Los canallas son los que con más facilidad se asombran al parecer de las canalladas de los demás y los que más gruesas palabras emplean para execrarlas. Enrique Gaspar que es un completo autor dramático ha conseguido á fuerza de talento y de arte que el público pase todas las noches tres horas observando las miserias humanas sin que se le remueva el estómago. Los periódicos diarios han referido el argumento de la comedia, y á mí solo me toca tributar un aplauso al autor y reconocer con él que las personas verdaderamente decentes escasean bastante.

Mejor que una obra teatral, lograría el libro moderno por excelencia, la novela de costumbres, ahondar en ese abismo de la conciencia humana; pero por lo visto sale al encuentro de los psicólogos la frase de Sancho, el famoso *Peor es mencallo*; y gracias á esto los hipócritas, los tunos, los canallas siguen viviendo á sus anchas y lo que es más, prosperando.

¡Qué semana de muertes la anterior! El Duque de Nàgera, el Duque de Moctezuma, el Conde de Toreno, el Conde Puñonrostro! La aristocracia madrileña no hace más que dar pésames y recibirlos. Si el año 89 acabó lúnebremente, el 90 empieza esgrimiendo la guadaña de un modo terrible.

A la lista de los muertos ilustres, hay que añadir el Duque de Montpensier que ha fallecido de repente en el carruage que le conducía.

No sin razón califica un cronista de salones de *Año negro* el que en sus comienzos obliga á tantas familias á vestir de luto.

La mayoría de los aristocráticos salones continúan cerrados, muchos palcos del teatro Real, aunque están abonados permanecen desiertos durante las representaciones, y esto no solo produce legítima tristeza en las señoritas que otros años por este tiempo bailan y lucen galas, sino que privan á la industria y al comercio de sus naturales recursos.

Pero sino está bien que las personas no todas frecuenten los teatros y asistan á sus funciones, no sucede lo mismo con los conciertos y esto explica que en el primero que ha celebrado la notabilísima sociedad de profesores que tan magistralmente dirige el insigne Bretón aparecieran llenos palcos y butacas. La música tiene el privilegio de ofrecer dulcísimo consuelo al alma, y tanto por esto como porque es preciso ocupar siquiera la tarde de los domingos en agradable distracción, es de esperar que los conciertos estén este año animados y concurridos.

El tiempo frío aun y sobre todo vario, no convida á pasear; pero quien puede resarcirnos de este recreo social é higiénico á la vez, es la magnífica orquesta que en el vasto teatro del Príncipe Alfonso nos permite saborear las inspiradas creaciones de los compositores antiguos y modernos.

Si Higinia Balaguer, lee los periódicos habrá tenido la triste satisfacción de verse reproducida en Francia en la persona de Gabriela Bompart, testigo como ella de un un espantoso crimen y tan fecunda en inventar declaraciones para marear á la justicia como la tornadiza poseedora del secreto del crímen de la calle de Fuencarral.

La policía francesa averiguará la verdad. Allí no duele gastar dinero con tal de que no queden impunes los delitos. Todos los personajes que aparecen en el drama judiciario resultan asquerosos. La misma víctima no inspira compasión. Era una de las *personas decentes* que nos ha presentado Gaspar; hacía negocios sucios, y teniendo una esposa y unas hijas no vaciló en acudir á la cita amorosa que debia convertirse para él en funesta emboscada.

¡Qué desgracia tan grande la que ha sufrido el padre á quien su hijo, hermoso niño de cuatro años, dió un beso la otra noche!

Al acercarse lleno de amor el autor de sus días se cayó en un brasero y al día siguiente murió de resultas de las quemaduras.

Nunca olvidará el desgraciado padre el último beso del pobre niño.

Julio Nombela.

LOS SERES MONSTRUOSOS

Sobre este tema dió anteanoche una notable conferencia en la Sociedad Fomento de las Artes de Madrid el distinguido catedrático de la Facultad de Medicina de San Carlos, Sr. Oloriz.

Después de algunas generalidades sobre la materia, entró en la exposición del tema comenzando por la clasificación de las mismas, dividiéndolas en simples anomalías y monstruosidades propiamente dichas.

Entre las primeras citó el «enanismo» ó nimiedad de la estatura; la elevación considerable de la talla ó «gigantismo»; el «albinismo» ó decoloración de la piel, de los cabellos y del iris de los ojos; el «melanismo» ó pigmentación anormal del cutis, formando manchas más ó menos extensas, como son los lunares; la «polidactilia» y «sindactilia», ó sea el número extraordinario de dedos en las manos ó en los piés, ó bien su disminución ó su falta, y finalmente la «heterotaxia» ó trasposición de órganos, como sucede en los individuos que tienen el corazón á la derecha y el hígado á la izquierda.

Entre los casos de «enanismo» recordó como uno de los más curiosos el de Nicolás Ferry, conocido por el sobrenombre de «bebé», de donde proviene sin duda el calificativo que se suele aplicar á los niños de pecho, y que era tan pequeño al nacer que no pesaba más que catorce onzas, y según se dice, le sirvió de cuna un zueco de su padre y fue conducido á la iglesia en un plato para ser bautizado, observándose que sobraba casi la mitad de aquel, á pesar de no ser muy grande.

Otro caso de que habló fue el de un enano inglés, sumamente pequeño, pero de extraordinaria energía moral y física, el cual, por defender en cierta ocasión á una dama, tuvo un desafío con un lord, que, por burla á su contrario, se presentó en el lugar del duelo armado de una jeringa; pero irritado el enano hizo público el hecho, al mismo tiempo que enviaba nuevos padrinos á su enemigo, quedando concertado el desafío, que se verificó al fin á caballo y con pistola, demostrando el enano tal destreza, valor y fina puntería, que dejó tendido sobre el campo á su rival, muerto de un tiro certero en el corazón.

Entre los monstruos, propiamente dichos, que clasificó también, incluyó los que carecen de una parte ó de toda la bóveda del cráneo, de una extensión mayor ó menor de la cara, de aquellos en que ésta es tan estrecha que aparecen casi unidas las orejas, de aquellos otros que la tienen prolongada, ya como el hocico de una liebre ó como la trompa de un elefante, de los «cíclopes,» ó sea los que tienen únicamente un ojo, y ese en la frente, de los que carecen de la pared anterior del vientre ó de los miembros inferiores, y que tienen en cambio un apéndice caudal como el de los peces, llamados «sirenomeles» y, en fin, de los que carecen de brazos ó «focómeles.»

Entre estos últimos citó al célebre pintor Duconel, que poseia tal agilidad en los pies que con éstos manejaba sus pinceles tan bien como con la mano más flexible.

Así continuó el ilustrado disertante describiendo las variadas monstruosidades y aberraciones que puede ofrecer la especie humana, multiplicando los ejemplos, todos ellos á cual más curiosos, como el de los hermanos siameses, que eran «ventripagos», es decir, que estaban unidos por el vientre, y los cuales, después de recorrer la Europa entera mostrándose al público como objeto de curiosidad, fueron, por último, á la América del Norte, compraron numerosas propiedades con el dinero obtenido en sus exhibiciones y se dedicaron á la agricultura; se casaron poco después con dos mujeres, de las que tuvieron 22 hijos, y murieron ambos casi á un mismo tiempo, el uno á consecuencia de una pulmonía, que terminó con su vida, mientras el otro estaba durmiendo y falleció á los pocos instantes de despertar y ver muerto á su hermano

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CARRASCOY.

Charada

Hay un **prima dos tercera**
que es músico de tal nota
que hasta en una lira rota
segunda el **tres** y el **primera**.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

EL LUJO DE LAS MUJERES

En todos los tiempos ha sido el lujo motivo de censuras, lo que no ha evitado nunca su preponderancia.

Sin remontarnos á las censuras de la Biblia—por ser demasiado naturalistas—en la época de la dominación romana encontramos en tal apogeo el lujo que Opio, tribuno de pueblo se vió obligado á publicar una ley condenando la explendidez de las mujeres en el vestido y el adorno.

La ley fue acatada y obedecida durante la guerra púnica; pero terminada esta los tribunos Fundanio y Valerio pidieron que se anulase apoyados por las matronas romanas, que en abierta rebelión se lanzaron un dia á la calle tomando las entradas de la plaza pública.

A la sazón era consul Marco Porcio Catón, y acababa de concederse á las mujeres la libertad de que antes carecían, dándoles derechos nuevos.

Por eso no es de extrañar que el consul al dirigirse á los sublevadas les hablara en esta forma:

«Si cada uno de nosotros los romanos, hubiera conservado para con su esposa el derecho y la dignidad que nos pertenece, no nos darian ahora tanto que hacer todas las mujeres.

Su insolencia, después de haber encadenado nuestra libertad en nuestras casas, lo pisa con desprecio hasta en la plaza pública; y por no haber podido resistir nosotros á cada una en particular, reunidas todas, nos hacen temblar ahora...

Confieso que de vergüenza me han salido los colores á la cara al atravesar por entre un ejército de mujeres para arribar á la plaza pública; si no me hubiera contenido por nuestras costumbres mismas y, por respeto, no á todas en general, sino á cada una en particular, ellas hubieran sentido bien las represiones de un consul: «¡Qué escándalo! »(les hubiera dicho) ¿correr de calle en calle, »ocupar los pasos, y solicitar gracias de unos »hombres que miráis con desdeñoso melin»dre? ¿No podias pedirlas á vuestros mari»dos? ¿Teneis acaso mayores atractivos en »público que en lo interior de vuestra fami»lia? ¿Más hechizos para con los extraños, que »para con vuestros esposos? Si os contuvie»rais dentro de los límites de vuestro estado, »no debiais entrometeros, ni aun dentro de »vuestras casas, en la leyes que aquí se pro»mulgan ó se derogan.»

Nuestros mayores quitaron á las mujeres la facultad de terminar por su propia autoridad ningún negocio doméstico, y querian que dependiesen enteramente de sus padres, de sus hermanos, de sus maridos; y nosotros (si lo sufren los dioses) vamos á abandonar al arbitrio de ellas el cuidado de la república, y á consentir que se presenten en nuestras asambleas, y que asistan á nuestras arengas y nuestros comicios.

¿Qué es lo que hacen por esas calles?

Las unas deciden que debe abolirse una ley, las otras incitan á los tribunos á que formen nuevas leyes.

Soltad la brida á su amor inquieto é indomable, ¿podreis lisonjearos que sabrán ellas mismas poner freno á su libertad?

Traed á vuestra memoria todas las leyes con las que nuestros padres reprimieron su audacia, y las sujetaron á la autoridad de